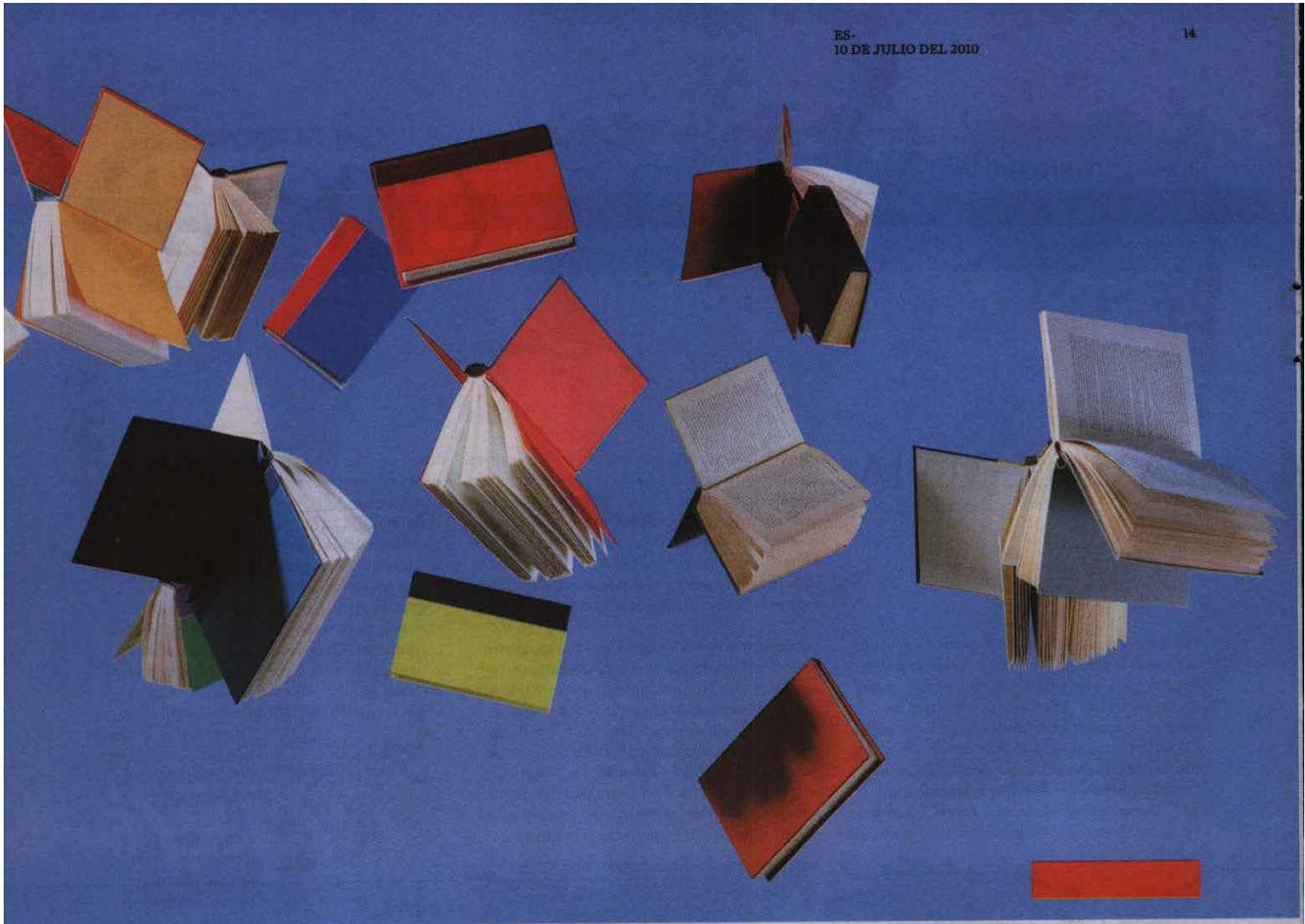




es ESTILOS DE VIDA	Tirada: 320.796	Sección: -	
	Difusión: 264.085	Espacio (Cm_2): 715	
Nacional Información General	Audiencia: 924.297	Ocupación (%): 100%	Imagen: No
	Semanal	10/07/2010	
		Valor Pág. (€): 13.560,00	
		Página: 14	



ES-
10 DE JULIO DEL 2010

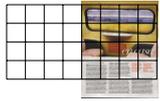
14

Un libro es una travesía hacia otros mundos. No es extraño que se conviertan en los mejores compañeros de viaje. La duda está en si leemos lo mismo en un avión que en un tren. ¿O el medio de transporte es el mensaje?

Texto: Isabel Gómez Melenchón

UN BILLETE PARA LEER

Pocas actividades hay tan literarias como leer en un tren. Edward Hopper lo immortalizó en sus cuadros y el mismísimo Oscar Wilde admitió que nunca viajaba en tren sin algo inteligente para leer, aunque luego añadía, como correspondía a su ego, que justamente lo que leía era su diario personal. Desde su aparición como medio de transporte, trenes y libros han ido de la mano, hasta el punto de que hace más de cien años el diario *The New York Times* se hacía eco de una noticia publicada por otro periódico, *The Buffalo Express*, alertando sobre los peligros de la lectura en el ferrocarril: "Las letras saltan arriba y abajo como consecuencia del movimiento del tren y el temblor de las manos, y encima con las sacudidas y parones. ¡Imaginen el efecto que tienen en el músculo del ojo, que se mueve". Por imaginar, imaginemos qué diría hoy el esforzado oftalmólogo de Buffalo, Dr. Julius Pohlman, si nos viera leyendo también en aviones y barcos como si tal cosa. ¿Como si tal cosa? Pues no, porque cada medio de transporte tiene unas características propias que pueden influir en nuestra decisión de lectura, o de no lectura, según los casos. Y también, en los contenidos: ¿cuántos valientes hay que se lancen a leer *Viven*,

es ESTILOS DE VIDA	Tirada: 320.796	Sección: -	
	Difusión: 264.085	Espacio (Cm_2): 715	
Nacional Información General Semanal	Audiencia: 924.297	Ocupación (%): 100%	Imagen: No
	10/07/2010	Valor (€): 17.410,00	
		Valor Pág. (€): 17.410,00	
		Página: 15	



15

EN CASA

los supervivientes de los Andes en un avión?

En tren Desde Sherlock Holmes, quien según la biografía no autorizada de Nick Renninson siempre llevaba un ejemplar de bolsillo de Petrarca como pasatiempo "ligero" (!) para el tren, al poeta escocés contemporáneo Ian McMillan, agradecido a los ferrocarriles británicos ya que gracias a sus viajes de Londres al norte puede leer las obras que luego va a reseñar (hasta el punto de dedicar uno de sus artículos a los libros adecuados para leer en el tren), pocos son los que no sucumben a este placer, que además es fuente de inspiración: en 1975, el escritor Paul Theroux recorrió la ruta intercontinental Europa-Asia para escribir su célebre *The Great Railway Bazaar*, y no contento, luego repitió por los ferrocarriles de la Patagonia, China e incluso África, de El Cairo a Ciudad del Cabo, y es más, treinta años después repitió su viaje transcontinental hacia Asia, se supone que con muchas más comodidades. Y hablando de inspiraciones, también Agatha Christie le debe lo suyo al ferrocarril: desde su *Asesinato en el Orient Express* la mayoría hemos fantaseado alguna vez sobre ese revisor de cara tan extraña o esa

compañera de asiento de facciones claramente criminales. El mismísimo Georges Simenon no pudo por menos que reconocer el carácter inquietante de este medio de transporte, y así lo reflejó en su novela *El tren de Venecia* (Tusquets). En la misma línea, *El tren de Estambul*, de Graham Greene (Edhasa), no sólo nos remite a este medio de transporte, sino que constituye una lectura de lo más adecuado, también por su peso y extensión. Y recién salido de imprenta *La calma del más fuerte*, de Veit Heinichen (Siruela): crímenes en la Comunidad Europea.

Quizás también por ese encanto decimonónico abundan los libros ilustrados que tienen sujeto al ferrocarril: *La edad de oro del viaje en tren* (Lundwerg), o que lo convierten en escenario de la crítica social y política: *Trenes rigurosamente vigilados*, de Bohumil Hrabal (El Aleph), o, más reciente, del descubrimiento de uno mismo: *El vagón de las mujeres*, de Anita Nair (Alfaguara). Todos ellos son muy recomendables para leer en un tren, porque, bien pensado, un libro es también un viaje hacia otros mundos, físicos y mentales, una travesía vital para acompañar otras travesías.

QUIZÁS POR SU ENCANTO ABUNDAN LOS RELATOS DE VIAJES EN TREN

NUMEROSAS PINTURAS Y NOVELAS SE INSPIRAN EN EL FERROCARRIL

Pero ¿cómo elegimos un libro para un viaje? En el caso del tren, las opciones son enormes: desde acabar el que estamos leyendo hasta empezar el que tenemos pendiente, teniendo en cuenta la longitud del viaje. También dependerá de algo tan intangible pero definitivo como si vamos muy cargados, ya que en ese caso elegiremos ni que sea inconscientemente libros que pesen menos; una buena (y literaria) elección sería *Diario de una ama de casa desquiciada*, de Sue Kaufman (Libros del Asteroide), no muy largo de extensión, pero sí sumamente intenso. O *¿Vivir!*, de Yu Hua (Seix Barral), un viaje a la literatura china contempo- ▶



es ESTILOS DE VIDA	Tirada: 320.796	Sección: -	
	Difusión: 264.085	Espacio (Cm_2): 715	
Nacional Información General	Audiencia: 924.297	Ocupación (%): 100%	Imagen: No
	10/07/2010	Valor (€): 13.560,00	
	Semanal	Valor Pág. (€): 13.560,00	
		Página: 16	

ES-
10 DE JULIO DEL 2010 16

► ránea. *Y last but not least*, la portada que no llame excesivamente la atención, porque a nadie le gusta que vayan mirando por encima de su cogote para ver qué se esconde detrás de esas letras chillonas y esa ilustración insinuante... Ni que le pregunten por qué de pronto le están saliendo los colores, o subiéndole la temperatura, gracias a Chuck Palahniuk y su *Snuff* (Mondadori): es mejor leerlo en casa.

En barco Bien arropados con las mantas, esperando el gong para vestirse para la cena... La visión *Titanic* de un largo viaje en barco tiene poco que ver con los cruceros actuales, aunque siguen proporcionando abundante tiempo para la lectura. Los transatlánticos, las barcazas, los vapores son tan literarios como los trenes, y sin embargo han conciliado muchísima menos literatura que estos, aparte de la novela de estricta ambientación marítima, como las de Patrick O'Brian en Edhasa (*La fragata Surprise*), que constituyen un género en sí mismas, o las de aventuras, con títulos ya tan clásicos como *Capitanes intrépidos*, de Ruyard Kipling (Planeta & Oxford). Para el barco se podrían aplicar los mismos criterios que para el

tren, con la salvedad de que quizás para contrarrestar la placidez (esperemos) de la travesía se impone algo más excitante, como el thriller, el misterio o, directamente el terror: Stephen King nos puede mantener despiertos mientras llegamos a puerto, pero también la última novela de José Carlos Somoza, *El cebo* (Plaza & Janés), que no hay que salir fuera para tener escalofríos. Si nos inclinamos (nosotros, no el barco) por el lado romántico del trasatlántico, valga la redundancia, Elizabeth Gaskell en cualquiera de sus obras publicadas por Alba será una muy buena compañía; la última, *La casa del páramo*. Y otra novedad de una editorial novedosa: *La biblioteca de los sueños rotos*, de Peter Manseau (Duomo), en la que la búsqueda de la identidad va paralela al descubrimiento de los otros. También en el campo de la novela negra encontramos lecturas intrigantes pero llenas de glamur, como corresponde, y nada mejor que la última novela publicada en Lumen de Elizabeth Sanxay Holding, *Miasma*. Sanxay Holding, neoyorquina de esmerada educación, fue muy popular hacia la mitad del siglo pasado y cualquier ocasión es buena para redescubrirla (siempre y cuando uno no se maree en el barco).

SI NO NOS MAREAMOS, EL BARCO PERMITE ABORDAR 'TOCHOS'

LA VIDA TÍPICA DE UN CRUCERO INCITA A LAS LECTURAS GLAMUROSAS

Los más sibaritas podrán deleitarse con Scott Fitzgerald, o descubrir a la chino-británica-norteamericana Janice Lee y su *La maestra de piano* (Salamandra); la vida de la élite en Shanghai inmediatamente antes y después de la Segunda Guerra Mundial. Para los que conservan el sentido del humor incluso en plena tormenta, *Tres maneras de volcar un barco*, de Chris Stewart (Salamandra): el libro de los navegantes para los que no han navegado en su vida.

En avión ¿Y los aviones? Eso merece capítulo aparte. Para empezar, hay que reconocerse a uno

es ESTILOS DE VIDA	Tirada: 320.796	Sección: -	
	Difusión: 264.085	Espacio (Cm_2): 715	
Nacional Información General Semanal	Audiencia: 924.297	Ocupación (%): 100%	Imagen: No
	10/07/2010	Valor (€): 17.410,00	
		Valor Pág. (€): 17.410,00	
		Página: 17	



mismo si se es de los que soportan bien las turbulencias o de los que se abalanzan sobre el señor/a de al lado, que bastante tiene ya con lo suyo, y se pone a llorar. Si se es de los últimos, lo mejor será dejarlo correr u optar por una revista o una lectura que en realidad no nos interese demasiado, porque si no tenemos la suerte de disfrutar de un vuelo tranquilo perderemos continuamente el hilo de la narración mirando la cara de la azafata en busca de seguridad. No es el mejor momento para adentrarse en el último Thomas Pynchon (*Contra Luz*, Tusquets) o de descubrir la narrativa japonesa (*Soy un gato*, de Natsume Soseki, Impedimenta), libros que sin embargo resultan de lo más adecuado para una travesía en barco. Una opción es la llamada "literatura de aeropuerto", libros de acción o de misterio que no requieren demasiada atención y que suelen quedar abandonados después en el asiento (sin duda las tripulaciones o los equipos de mantenimiento deben de tener bien surtidas sus bibliotecas). Entre este tipo de bestseller encontramos al autor africano Wilbur Smith, todo un maestro en la intriga de rápido consumo con títulos como *Retumba el trueno* o *La saga de los vengadores*. La mayoría son

ediciones de bolsillo, con mal papel y buen precio y tiradas en un montón de idiomas diferentes, así que no resulta extraño ver en un mismo vuelo el mismo título en diferentes lenguas. Cosas de la globalización.

No creamos sin embargo que los aviones no tienen su propia literatura, que no se reduce a los tratados sobre el miedo a volar. Dependiendo de que se trate de viajes de negocios o de turismo, la elección se suele decantar por volúmenes sobre economía, pero sin pasarse, como la saga de *Quién se ha llevado mi queso*, de Spencer Johnson (Urano), del que existe incluso adaptación infantil, o por las guías de viajes. En un segmento intermedio están los bestsellers de Dan Brown (Umbriel) o de Danielle Steel (Grijalbo), y las obras de autoayuda. Si por lo contrario uno es de los que no pierden la calma, un thriller sigue siendo una buena compañía; cualquiera de los suecos/as de moda nos servirá, además, quedan bien las cubiertas: el pasado año era difícil encontrar un vuelo en el que algún pasajero no llevara cualquiera de las tres partes del *Millennium*, de Stieg Larsson, ni que fuera para lucirlo. El anterior fue el turno de John LeCarré.

LOS AVIONES TIENEN SU PROPIA NOVELA, LIGERA Y DE ACCIÓN SI NOS DA MIEDO VOLAR, OLVIDEMOS LA GRAN LITERATURA

Este verano la competencia está muy dura. Y si pese a ser sufridores no queremos renunciar a la gran literatura, lo mejor es un libro de relatos: podemos aprovechar los momentos en que apenas se nota el movimiento, y luego dejarlo. Una buena opción es *Escenas de la vida rural*, de Amos Oz (Siruela): en cualquier momento le darán el Nobel y eso que tendremos ganado, o las recopilaciones de cuentos y leyendas populares españolas, de la misma editorial. Una cosa está clara, un libro siempre será un buen compañero de asiento, aunque no seamos capaces de abrirlo: siempre podremos agarrarnos a ellos. ■